



CENECA

Número 63

EL DEBATE SOBRE POLITICAS CULTURALES



POLITICAS CULTURALES

SERIE COMUNICACIONES

- B86
659
- Sistema de comunicación en Chile: proposiciones interpretativas y perspectivas democraticas (P. Gutierrez, G. Munizaga y A. Riquelme)
 - Bases para una discusión de políticas comunicacionales en Chile (M. L. Hurtado)
 - La radio en Chile (modelos, historia, perspectiva) (M. C. Lasagni, P. Edwards, J. Bonnefoy)
 - El sistema de prensa en Chile (A. Navarro)
 - Comunicación y democracia (G. Munizaga)
 - Destinatarios y recepción de micro-medios de Iglesia (M. Quezada, G. Riveri, E. Goldstein)

SERIE ARTE Y SOCIEDAD

- Literatura, lenguaje y sociedad (1973-83) (R. Zurita)
- La novela chilena en la última década (M. A. Jofre)
- La industria editorial y el libro en Chile (B. Subercaseaux)
- La industria fonografica chilena (V. Fuenzalida)
- La industria cinematográfica en Chile (M. L. Hurtado)
- Políticas culturales para la democracia (J. J. Brunner)
- El debate sobre políticas culturales y democracia (B. Subercaseaux)
- Dramaturgia chilena 1960-73 (M. L. Hurtado)

SERIE CULTURA POPULAR

- Métodos y técnicas de teatro popular (C. Ochsenius y J. L. Olivari)
- Administración comunal y expresividad local (J. A. Silva)
- Surgimiento y desarrollo de agrupaciones artísticas populares (C. Ochsenius)
- Sobre cultura popular (B. Subercaseaux)
- Agrupaciones culturales: una reflexión (P. Gutierrez)
- Encuentro de canto poblacional (A. Rivera y R. Torres)

Libros

- Teatro chileno de la crisis institucional (M. L. Hurtado, C. Ochsenius, H. Vidal)
- Teatro de Radriagan (con estudios de M. L. Hurtado, J. A. Piña, H. Vidal)
- Gracias a la vida. Testimonio V. Parra (B. Subercaseaux, P. Stambuk, J. Londoño)
- Televisión-Padres-Hijos (V. Fuenzalida)
- Modulo de Educación la TV (V. Fuenzalida, P. Edwards)
- TV y Recepción activa (V. Fuenzalida, P. Edwards)
- La investigación en comunicación social en Chile (G. Munizaga, A. Rivera)
- El video independiente en Chile (Y. Ulloa)
- Matando la inocencia (A. Dorfman)

Para una lista completa de publicaciones solicitar catálogo a CENECA, Santa Beatriz 106, Santiago de Chile, fono 43772.

CENECA (Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística) es una Corporación Privada sin fines de lucro que desde 1977 se dedica a la investigación y capacitación, contribuyendo así al conocimiento y desarrollo de la cultura y las comunicaciones en CHILE.

CENECA



**EL DEBATE INTERNACIONAL
SOBRE POLITICAS
CULTURALES Y DEMOCRACIA**

BERNARDO SUBERCASEAUX

SANTIAGO - CHILE

1986

Este trabajo forma parte del proyecto
"Proceso Cultural y Democracia",
realizado gracias al apoyo de la
FUNDACION FORD.

I N D I C E

	Pág.
INTRODUCCION	1
DOS ETAPAS	3
PRIMERA ETAPA: Factores y Contexto	5
Conferencias intergubernamentales de Cultura	8
Democracia y Democratización Cultural	17
Democracia Comunicacional	26
Repercusiones y Significación del Debate UNESCO	30
SEGUNDA ETAPA	39
La Década del 80: Un nuevo clima intelectual	43
CONSIDERACIONES FINALES	57

INTRODUCCION

El debate internacional sobre políticas culturales -como discusión pública, plural y colectiva- data sólo de las últimas dos décadas. Aun cuando se trata de una discusión relativamente reciente ella ha dado origen a una amplia y extensa bibliografía (1).

El objetivo central de este trabajo es precisamente realizar un recuento y una síntesis ordenada de este debate y de sus vínculos con el tema de la democracia. Nos proponemos, entonces, examinar algunos supuestos históricos y teóricos de la discusión, perfilar sus principales interlocutores, relevar los temas más significativos, y sintetizar los contenidos y los diferentes puntos de vistas que concurren al debate.

Aunque la dimensión analítica e interpretativa no está ausente, se trata más bien de un texto descriptivo, de un documento que intenta poner de manifiesto el itinerario y el estado actual del debate. Pretende ser, en este sentido, un "state of the art" para quienes tienen algún interés académico por esta temática; pero al mismo tiempo se propone ser un referente y un estímulo que pueda ser útil a quienes tienen -en la esfera pública o privada- responsabilidades de decisión sobre políticas culturales y comunicativas.

Queremos señalar, por último, que dedicamos este trabajo a D. Felipe Herrera, en reconocimiento a su aporte -desde una óptica latinoamericana- al debate sobre políticas culturales.

(1) Véase al final bibliografía utilizada.

DOS ETAPAS

Para visualizar el estado actual del debate internacional sobre políticas culturales, y el vínculo que él ha tenido con el vector democrático, se hace indispensable examinar su itinerario. Cabe distinguir al respecto dos etapas: una inicial, promovida desde fines de la década del 60 por UNESCO y el sistema de Naciones Unidas, y que luego se desplaza a otros foros o instituciones de carácter regional (como el Consejo de Europa o el Instituto Cultural Africano o el Convenio Andrés Bello). Esta primera etapa del debate tiene como actor privilegiado y como interlocutor casi único al Estado, vale decir a los gobiernos. El segundo momento se inicia en la década del 80, con la participación creciente de sectores académicos, de científicos sociales y comunicadores; se gesta además, en parte, como reacción ante un debate que tendía a circunscribir las políticas culturales y su avance democrático al vector estatal.

En la primera etapa se entiende por políticas culturales un espectro que abarca desde las políticas en favor del desarrollo de actividades artístico profesionales hasta las llamadas políticas de bienestar cultural o de las dimensiones culturales del desarrollo (calidad de vida, medio ambiente, educación, tiempo libre, vida laboral, etc.); en la segunda etapa la discusión tiende más bien a circunscribirse a políticas que intervienen en la producción, circulación y consumo de bienes simbólicos. Punto central en la etapa promovida por UNESCO es el de las insuficiencias de las políticas culturales tradicionales y el reemplazo del paradigma de democratización cultural (difusión, acceso y homogeneidad) por el de democracia cultural (participación, descentralización y pluralismo), reemplazo que se proyecta asimismo al ámbito de las relaciones culturales internacionales. A pesar de este cambio de perfil programático y de paradigma, el referente del debate sigue siendo, empero, la acción pública o estatal,

de allí que en la primera etapa -y acorde con divisiones administrativas del Estado- la discusión sobre políticas culturales tienda a darse por separado de las de políticas de comunicación.

En la segunda etapa se produce un desplazamiento en el centro de interés: la llegada masiva de productos tecnológicos al mercado, su impacto sobre el consumo cultural y la uniformación sin precedentes de los modelos culturales resultantes, colocan en primer plano de la discusión el tema de las industrias de bienes y servicios culturales y de la transnacionalización cultural. En este sentido -y considerando la marcada tendencia industrial de los medios- el debate sobre políticas culturales se hace inseparable del debate sobre industria cultural y sobre políticas de comunicación. Como agentes de políticas culturales, se agregan entonces al referente estatal, el sector privado y el mercado (nacional e internacional), la comunidad (asociaciones voluntarias e individuos), y el público, en tanto constituye un potencial latente para activar políticas de control social. De modo que el debate se complejiza y enriquece, lo mismo sucede con el vector democrático en la cultura, que en un primer momento se suponía responsabilidad casi exclusiva del Estado, pero que luego involucra al sector privado y a las variadas organizaciones de la sociedad civil.

PRIMERA ETAPA : Factores y Contexto

Las dos etapas distinguidas no constituyen por supuesto bloques homogéneos, hay al interior de ellas zonas de tensión, matices y disonancias. Para perfilar, entonces, las zonas de tensión que aparecen en el debate UNESCO, se hace imprescindible revisar el sustrato en que éste se gesta y desenvuelve. De partida, una serie de factores históricos coincidentes explican la relevancia que -en la década de los 60- adquieren el tema de la cultura y de los desniveles culturales.

En Africa las luchas de liberación desembocan en un número importante de nuevas naciones, en procesos de independencia política que una vez logrados colocan en primer plano el problema de la unidad del país y de su independencia cultural, son países que se ven abocados al dilema de tener que conformar una nación en base a componentes diversos: con residuos de una cultura colonial; con elementos de la cultura científico-técnica occidental; y con el enorme y heterogéneo bagaje de las culturas tradicionales de signo étnico-tribal (2). Las naciones pluriculturales de Africa se encuentran

(2) Reflejando esta diversidad, en la República de Mali, por ejemplo, la red de radiodifusión estatal transmite 4 boletines diarios de noticias en francés, 2 boletines diarios de lenguas nacionales (bamanan, maure, songhoi, taurushey, bobo, peul, soninke y snufo) y una revista informativa en árabe y en inglés. Los programas en francés representan el 42,9% del tiempo total de radiodifusión, los programas en lengua nacional bamanan el 37%, y los programas en otras lenguas nacionales y en árabe e inglés el 20% restante. Alpha Oumar Kona, "Políticas culturales en el Africa Occidental", Culturas, 33, UNESCO, París, Vol IX, 1, 1983.

entonces ante un desafío que confiere prioridad a lo cultural, de allí que las reflexiones más importantes surgidas en la década -como por ejemplo la teoría de la negritud de Leopoldo Senghor- postulen la utopía y el desarrollo socio-político africano desde un eje culturoológico. La política cultural llega a ser, entonces, un factor de primera importancia para lograr la necesaria integración nacional y para el fortalecimiento de los nuevos Estados. Por otra parte, UNESCO y el sistema de Naciones Unidas, es uno de los pocos foros multilaterales de legitimación a los que pueden recurrir estos Estados.

En el Sudeste Asiático, la guerra de Vietnam (1965-73), junto con dar lugar a nuevas naciones, tiene un impacto ideológico-cultural en la medida en que es concebida como una instancia de lucha entre el campo y la ciudad, entre las culturas rurales orgánicas a cada país y las culturas foráneas del proyecto neo-colonial, como una instancia en que está en juego el destino (cultural) de los pueblos del Tercer Mundo. China, a través de su revolución cultural (1965-68), cristaliza y contribuye también a alimentar estas perspectivas. Ciertos países del mundo árabe se inscriben en esta óptica tercermundista, otros, en cambio, con el auge petrolero y el paso -casi sin transición- de una sociedad pre-industrial a una sociedad compleja y de consumo, se centran más bien en el problema de las perturbaciones culturales que vienen con la modernización.

En América Latina, luego de la Revolución Cubana (1959), la permanente afirmación de una identidad cultural es reciclada con nuevos contenidos, una afirmación que por entonces es sensible (sobre todo en los países con elevada población indígena) a la ideología "Tercermundista" ("los campos asediando a la ciudad") y al integracionismo de cuño bolivariano. Alimenta también esta óptica el recelo frente al Panamericanismo y a la Alianza para el Progreso. Aunque éstas no son por su puesto posturas compartidas por todos los gobiernos,

son sí posiciones emergentes que tienen durante la década del 60 gran circulación social, sobre todo en sectores intelectuales. Son, además, posturas que van a contribuir en las ciencias sociales a la crisis del paradigma desarrollista y a un auge de las teorías de la dependencia, del imperialismo y de la manipulación cultural.

En los países industrializados -Estados Unidos y algunas naciones de Europa Occidental- el desarrollo va vaciando los campos, creando ghettos urbanos (que se nutren de migraciones de sus ex-colonias) y cíclicas que fermentan las luchas contraculturales de los jóvenes y de las minorías étnicas.

Los acontecimientos de mayo de 1968 en Francia, por ejemplo, expresan un malestar frente a la cultura "burguesa", y un rechazo a la ideología del progreso entendida como mero progreso tecnológico.

Todos estos factores, sumados a la pérdida de confianza en el parámetro desarrollista y en sus metas exclusivamente económicas, contribuyen a poner en el tapete el tema de los desniveles culturales y de la dimensión cultural del desarrollo. Exigen además, una visión más compleja de los fenómenos de la cultura y la necesidad de políticas públicas en este dominio. En este contexto, UNESCO, como foro multilateral en que tienen presencia los 5 continentes, convoca a una serie de conferencias intergubernamentales sobre políticas culturales y comunicativas, en el marco de una concepción amplia y de sesgo antropológico de la cultura.

Hay que mencionar al mismo tiempo algunos factores propiamente institucionales que explican el rol central cumplido por UNESCO en la promoción e irradiación de este debate. Cabe recordar, en efecto, que la

Organización de Naciones Unidas fue creada inmediatamente después del término de la Segunda Guerra Mundial (1945), y que tras esta iniciativa estaba la utopía de la coexistencia y concertación entre diferentes sistemas ideológicos, todo ello en función de la paz y de un desarrollo económico más armónico. La implementación de este propósito en el ámbito más general de Naciones Unidas encuentra -en una década en que no desaparece del todo la Guerra Fría- serias dificultades. En tales circunstancias UNESCO, como organismo especializado en la cultura, la ciencia y la educación, adquiere enorme relevancia. Lo cultural se perfila como una esfera más propicia -por su especificidad- a la utopía original, como un espacio donde las profundas divergencias ideológicas existentes pueden ser atenuadas, como un escenario útil para amortiguar conflictos y promover procesos de concertación.

Estas razones de la institucionalidad convocante no son externas al propio debate (más bien forman parte de su agenda implícita), en efecto, en las 6 conferencias sobre políticas culturales que se realizan entre 1970 y 1981 y que culminan en México (Mundiacult) en 1982, se puede percibir la tendencia a un pensamiento colectivo y consensual, y a un discurso sobre las prácticas y el desarrollo cultural en el que prevalecen ciertas ideas-fuerzas generales con gran capacidad de convocatoria, y que estructuran una suerte de discurso compartido, cuyo sujeto es la comunidad internacional. Es por ello, como veremos, que las zonas de tensión no se dan en una misma región -o conferencia- sino más bien entre una región -o conferencia- y otra.

Conferencias Inter gubernamentales de Cultura

En 1970 se realiza en Venecia la primera conferencia sobre políticas culturales convocada por UNESCO. En este primer evento, al que asisten más de 80 delega-

ciones gubernamentales de todo el mundo, el debate se centra -con una perspectiva consensual- en cuatro ideas-ejes:

1. La necesidad de asumir una concepción amplia y más bien antropológica de la cultura, que no sea reduccionista ni valorativa, y que implique la totalidad de los procesos y productos culturales.
2. La responsabilidad que les cabe a los poderes públicos en implementar el derecho a la cultura.
3. La necesidad de complementar los procesos de democratización cultural (distribución del capital cultural existente) con procesos que promuevan una participación más activa de los diversos sectores sociales y étnicos en la vida cultural de cada nación.
4. Y la necesidad de considerar la dimensión cultural como una variable del desarrollo global de la sociedad, y por ende como una dimensión que debe ser objeto -a mediano y largo plazo- de las políticas generales de desarrollo.

Tras estos planteamientos subyace una filosofía democrática en la que se entrecruzan los ejes de libertad y de igualdad -las concepciones liberales y socialistas de democracia- dentro de una perspectiva gradual de conquistas que se potencian mutuamente, y cuyos escalones serían la democracia política, la democracia socio-económica y la democracia cultural. Con esta perspectiva se convocan -a nivel de ministerios- las 5 conferencias regionales sobre políticas culturales (Eurocult, 1972, Asiaticult, 1973, Africacult, 1975, Americacult, 1978, y Arabiacult, 1981) que culmina con la

Conferencia Mundial de México, en 1982. El escenario común de este debate lo perfilan -a través de reuniones preparatorias- la institución convocante y el interlocutor estatal. Es dentro de este marco común que aparecen diferentes enfoques o énfasis regionales, particularmente entre las conferencias de Europa, Africa, Asia y América Latina.

En Eurocult, Helsinki, 1972, predomina una concepción de las políticas culturales como respuesta a los desafíos de la sociedad post-industrial, y por lo tanto, como un factor de integración social.

En la perspectiva europea:

- a) El proceso de industrialización y mecanización laboral y el aumento del tiempo libre, exigen un espacio de movilidad espiritual que compense la rutina del trabajo.
 - b) La soberanía de un consumo orientado por la producción y la expansión de los medios de comunicación masivos o de las nuevas tecnologías, exige -para contrarrestar estas influencias uniformadoras- afirmar la cultura como un espacio en que se participa, se juzga y se escoge.
 - c) En un proceso de urbanización creciente, que separa al individuo de sus raíces, la cultura le ofrece la posibilidad de mantenerse en contacto con sus tradiciones.
- En términos de políticas culturales, este carácter de paliativo de la sociedad post-industrial, se traduce para los participantes en la necesidad

así de una democracia cultural. Se trata no tanto de ampliar el acceso a un tipo de cultura sino de promover una diversidad de expresión fundada en el pluralismo social; al Estado le corresponde por lo tanto posibilitar y asegurar la participación directa y activa de las mayorías en la vida cultural (sin diferencias ni discriminaciones de raza, sexo, edad, lengua, religión, opiniones políticas y origen nacional). De allí que las políticas culturales que se propongan sean en gran medida no contenidistas, y que las metas a que se aspira sean la participación y la heterogeneidad, y que el instrumento básico para lograrlas, sea la descentralización. De allí también cierta ausencia de una preocupación por la identidad o por lo nacional, dimensiones que se diluyen en el aporte a una cultura universal más vasta.

Otra especificidad europea deriva del fantasma de la guerra o de la posibilidad de que el continente se vea involucrado en un conflicto nuclear. A las políticas culturales se les asigna, en este aspecto, un rol importante, en el supuesto de que la existencia de un espacio cultural europeo perfilaría un mejor escenario para la construcción de la paz y para el entendimiento entre la Europa política y económica.

Africacult, Accra, 1975, a diferencia de la reunión de Helsinki, es una conferencia marcada por la preocupación por afirmar la identidad cultural en raíces auténticamente africanas. Esta inquietud surge del diagnóstico de una realidad cultural a la que concurren dos componentes: por una parte la sociedad tradicional de base étnica y tribal, y por otra la sociedad contemporánea, que responde a las necesidades de modernización de los recientes estados nacionales. El gran desafío de las políticas culturales africanas será, entonces, la articulación de estos dos componentes. Una articulación que no puede ir en desmedro de la etnicidad, ya que este factor es percibido como la base de todo el engranaje socio-cultural del continente. Constituye,

como se sabe, un componente que está presente en las más diversas formas de la vida comunitaria: en el trabajo, en los ritos e iniciaciones, en las ceremonias que jalonan las distintas edades; en las fiestas, en las manifestaciones artísticas espontáneas y en los acontecimientos colectivos. Las orientaciones que se proponen en la Conferencia plantean una aceptación selectiva de la técnica y de las influencias extranjeras, se trata de formular una modalidad de integración (entre la sociedad contemporánea y tradicional) que salve y guarde la autenticidad y los valores de la cultura de base étnica. Estamos, por ende, ante un debate marcado por una aguda sensibilidad frente a la cultura importada -europeoamericana- y a sus principales mediaciones: la comunicación masiva y la industria cultural.

Algunos delegados plantean incluso la necesidad de formular políticas culturales diferenciadas, por una parte las que requiere la sociedad tradicional y por otra las requeridas por la sociedad contemporánea. Argumentan que la democracia y la descentralización cultural son factores inherentes a la cultura étnica africana, la que es de por sí popular, colectiva, participativa y comunitaria. En este sentido, los lineamientos UNESCO, más que una meta a alcanzar, corresponden a un hecho histórico de la realidad cultural de Africa, a un dato que debe ser tomado en cuenta en el momento de formular políticas culturales. Otra consecuencia de este carácter colectivo y popular de la cultura tradicional, es que la identidad cultural no plantea problemas para las grandes mayorías africanas, sino solamente para las minorías que están en el vértice de la modernización y de la sociedad contemporánea. Son esas elites las que padecen el problema del desarraigo y la necesidad de enraizarse en la cultura tradicional. Estas propuestas de políticas culturales diferenciadas o dualistas, contribuirían probablemente a perpetuar la escisión entre ambas sociedades, cuando el desafío -como sostienen otros delegados- es precisamente articularlas, y llegar mediante una interacción creadora a una síntesis que pueda convertirse en el caudal común por el cual fluyan las futuras culturas nacionales.

En Asiaticult, Yakarta, 1973, también predomina una perspectiva dualista, similar -aunque más matizada- a la del debate africano. El tema de la identidad cultural ocupa un espacio central en las discusiones. Asia se perfila como un continente con culturas diversas dentro de una estructura social escalonada, que va desde el nivel tribal, pasando por la vida de las aldeas y zonas rurales hasta los grupos ciudadanos y la elite urbana. El diagnóstico además constata, que en general, en los países asiáticos (3), el desarrollo cultural de las zonas urbanas ha seguido una tendencia enteramente diferente al de las comunidades rurales, en este sentido se plantea que la identidad de una nación no puede basarse en el predominio de una sola cultura, y que por lo tanto al Estado le corresponde un papel de defensa de las culturas autóctonas y de catalizador de una nueva cultura nacional. Dentro de esta perspectiva se sitúa también la preocupación por el desequilibrio en el flujo cultural Oriente-Occidente, y por los residuos de colonialismo y neocolonialismo. De acuerdo a estos parámetros, a los gobiernos les corresponde el desafío de encontrar y conciliar el equilibrio adecuado entre la salvaguardia de la identidad cultural y el progreso técnico necesario para el desarrollo.

En Americacult, Bogotá, 1978, el reconocimiento de una diversidad cultural también ocupa un lugar destacado en el diagnóstico; la perspectiva con que en esta reunión se enfoca la diversidad es, sin embargo, bien distinta de las conferencias anteriores. En efecto, en el debate de Bogotá se percibe como hecho diferencial

(3) China Popular no participó en la Conferencia de Yakarta.

de América Latina a la gestación permanente de un sincretismo cultural y de una cultura del mestizaje. Se supera así una visión dualista que solía identificar dos polos casi autónomos (por un lado la cultura indígena, tradicional o rural y por otro la europea, moderna o urbana) y que tendía a concebir el desarrollo cultural como el paso de un polo a otro. En este sentido las políticas culturales propuestas se orientan a promover la interacción cultural y a evitar los enclaves o la mera yuxtaposición de culturas. La diversidad, entonces, es transitoria en la medida que apunta con la modernización y con la mezcla continua de tradiciones y cosmovisiones a un crisol común.

Dentro de esta perspectiva, la noción de identidad cultural pierde rigidez, deja de estar atada a un atavismo telúrico-histórico de signo retrospectivo, y más bien se convierte en una categoría dinámica, en una dimensión que tiene que ser permanentemente descubierta o conquistada. Las políticas culturales de los gobiernos deben tender entonces a que las múltiples herencias culturales que coexisten en una nación se integren en un quehacer común. Si el pasado de cada una de estas herencias es distinto, el futuro tendrá que ser necesariamente compartido, velando siempre porque el desarrollo de unas no vaya en detrimento de otras. En el marco de estos principios se postula el cambio de paradigma, el paso de la democratización de la cultura entendida como difusión y acceso a bienes culturales (y cuyo ideal sería un mundo uni-cultural de naturaleza elitista) a una democracia cultural, a un paradigma que propone estimular la participación y la creatividad de todos los individuos y grupos sociales, y que por lo tanto en América Latina propende a una diversidad cultural en permanente fusión.

El campo de acción de las políticas culturales del Estado estaría entonces constituido por todos los sectores de la sociedad, partiendo del supuesto de que ellos conforman no una unidad homogénea, sino una pluralidad en proceso de interacción. En el debate, sin embargo,

persiste cierta ambigüedad en cuanto a lo que se entiende como objeto de estas políticas, por una parte se apunta a las esferas más tradicionales y específicas de la producción artístico-cultural (música, danza, teatro, literatura, cine, etc.) y por otra a dimensiones más generales y antropológicas de la cultura (lengua, tradición oral, valores, consmovisiones, mitos, etc.). En América Latina esta ambigüedad hay que referirla al tipo de institución que se encarga de los asuntos culturales. A diferencia de los estados europeos y africanos, se trata -con la excepción tal vez de México y Cuba- de una institucionalización que se encuentra en una etapa intermedia de desarrollo, de servicios administrativos con serias limitaciones presupuestarias que recién tienen cierta autonomía y que por lo general se han desprendido de los Ministerios de Educación. A ello se debe que sean servicios signados con la impronta de la difusión cultural, y que tienden a privilegiar una visión de alta cultura o de cultura como Bellas Artes. Paralelamente, sin embargo, entre las delegaciones gubernamentales que asisten a Americacult, se da -en el nivel de los principios- una aceptación casi unánime de los planteamientos UNESCO.

La amplia convocatoria de los principios que se promueven en las Conferencias se explica también por la labor de algunas personalidades intelectuales, que contribuyen a enriquecer y difundir estos planteamientos. Y que lo hacen en la misma matriz pedagógico-consensual que caracteriza a UNESCO. En América Latina cabe mencionar, en este sentido, a Felipe Herrera, funcionario internacional, autor y conferencista prolífico, que desde comienzos de la década del 70 viene relevando la dimensión cultural del desarrollo como uno de los desafíos claves para el futuro del continente (4). De modo

(4) Cont.

persistente ha aportado al debate una perspectiva de integración latinoamericana, advirtiendo que el común trasfondo cultural es precisamente el gran factor dinámico de esa integración. Desde este ángulo ha incentivado la integración en los más diversos planos, asignando también en ello un rol a las políticas culturales, en la medida que ellas -en un mundo crecientemente uniforme- deben contribuir a afirmar y perfilar el ámbito cultural común. Otro de sus aportes al debate regional ha sido la introducción de la variable financiamiento cultural, partiendo de la base que las prácticas culturales cuestan tiempo y dinero, y que por ende exigen que en la formulación de políticas culturales se considere la naturaleza y calidad de los recursos disponibles, la relación entre gasto público y privado, las proyecciones y la planificación a corto, mediano y largo plazo. Toda la obra de Felipe Herrera está también impregnada por la concepción de una cultura del mestizaje como hecho diferencial de América Latina, idea que como vemos ocupa un lugar destacado en las discusiones de Americacult.

- (4) Cont.
- Véase las siguientes obras de Felipe Herrera: América Latina: experiencias y desafíos, 1974; Las políticas culturales y la identidad latinoamericana, documento de trabajo, 1977; "El desarrollo y las políticas culturales en América Latina" en Valores culturales y nuevo orden internacional, 1978; El escenario latinoamericano y el desafío cultural, 1981; "Las políticas culturales en América Latina y en el Caribe", en Cultura y Sociedad en América Latina y el Caribe, 1981; "Las políticas culturales y las perspectivas de cooperación en América Latina" en Comunidad Latinoamericana de Naciones, 1983 y Visión de América Latina, 1985.

Democratización y Democracia Cultural

La complementación crítica y el reemplazo del paradigma de democratización cultural por el de democracia cultural constituye, como señalábamos al comienzo, un eje vertebrador de la propuesta UNESCO. Y ello tanto en las conferencias regionales como en encuentros preparatorios o en documentos encargados a expertos (5). Vale la pena entonces detenernos en este tránsito y es cudríñar sus implicancias.

El modelo de democratización cultural responde a un paradigma extensionista que buscaba facilitar el acceso de las mayorías a los bienes culturales, bienes que desde una concepción ilustrada abarcan de preferencia las expresiones legitimadas por la tradición y por la estructura social preexistente (alta cultura). En líneas generales puede señalarse que hasta la década del 70 (6), este modelo de redistribución del capital cul-

(5) Véase Augustin Girard: Cultura development: experience and policies, UNESCO, París, 1972 y Claudio Fabrizio "El desarrollo cultural en Europa" en El desarrollo Cultural, UNESCO, París, 1982.

(6) José Vidal-Beneyto en "Hacia una fundamentación teórica de la política cultural", KEIO, 16 (1981), 123-134; distingue un primer paradigma que llama del mecenazgo y que caracteriza por la simple ayuda a la creación cultural y artística de alta cultura, paradigma que no está todavía vertebrado por la dimensión de lo democrático. Luego señala que a comienzos de la década de los 50 irrumpe el paradigma de democratización cultural. Esta periodización resulta sin embargo, demasiado rígida para el caso de países como Chile en que el paradigma de democratización empieza a operar ya en la década del 30.

tural fue el que alimentó lo que Claude Fabrizio llama la primera generación de políticas culturales. Sin embargo, desde fines de la década del 60 -y en toda la dinámica generada por UNESCO- se vienen impugnando algunos aspectos de este paradigma:

- se señala que tras él subyace la idea de un capital cultural único, con una lógica que conlleva a la homogeneidad y al uniculturalismo.
- que tiene connotaciones didácticas y paternalistas.
- que privilegia el polo de la oferta por encima de la demanda o de las necesidades culturales.
- que exacerba el rol del poder central en la elaboración y gestión de los asuntos culturales.
- que tiende a concebir la vida cultural como consumo o recepción pasiva, más que como participación y proceso activo.

En algunos países de Europa en que las condiciones económicas permitieron llevar a cabo un amplio plan de extensión y redistribución cultural, en el momento de evaluar esta política se constató un significativo nivel de fracaso. No por problemas económicos o de infraestructura, sino porque en diversos sectores de la población sencillamente no había interés por la cultura cultivada o de elite social (7). En el fracaso del

(7) Cont.

programa de democratización cultural inciden --según Augustin Girard-- dos apreciaciones equívocas:

- a) La utilización de un concepto abstracto e indiferenciado de público, que no tomaba en cuenta la existencia de subculturas ajenas al capital cultural dominante (campesinos, jóvenes, emigrantes, etc.) y que suponía que una vez que el público y las obras de arte entraran en contacto se produciría sin más el esperado desarrollo cultural. En la evaluación se detectaron, empero, enclaves significativos de no-público, compuestos en general por sectores sociales con una experiencia de mundo y una sensibilidad diferentes a la del público habitual de alta cultura. Se concluyó así que la diversidad social implicaba diversidad cultural y que en este sentido el no-público para la alta cultura era en realidad el agente social y el público de otras subculturas.
- b) El segundo equívoco consistía en pensar que sólo la alta cultura tiene valor, lo que implicaba --en términos de una política de democratización cultural-- poner un cerco y encajonar la autoexpresión de las diferentes subculturas que coexisten en la sociedad.

Estas insuficiencias son especialmente visibles en un contexto intelectual como el de fines de la década del 60, en el que prevalece una filosofía social que enfa-

(7) Cont.

Véase Augustin Girard, op. cit.

tiza la participación y que plantea que la persona no es objeto de la historia sino quien la hace, y que por lo tanto se es más humano y más persona precisamente en la medida en que se participa en la creación de la cultura y de la historia. Son significativos en este sentido el documento Aprender a ser de UNESCO, elaborado entre otros por Edgar Faure y Felipe Herrera, y las orientaciones de Paulo Freire en el campo educativo. El paradigma de democracia cultural constituye dentro de esta perspectiva - una propuesta para aumentar la creatividad humana, para hacer más viva y protagonista a la sociedad, una propuesta que busca institucionalizar una nueva forma de vida cultural, caracterizada por el respeto a la pluralidad de culturas y por la participación plena de cada grupo social en todos los aspectos del hecho cultural.

Se trata ahora de democratizar más las actividades que las obras, más la participación en el proceso que en el consumo del producto, de prestar más atención a la demanda y a las necesidades que a la oferta cultural (8). En la base del nuevo paradigma está la idea de que en la sociedad coexisten una pluralidad de subculturas, y que solamente en la medida que esa heterogeneidad sea reconocida y favorecida por el Estado, se

(8) La noción de demanda cultural es de índole económica y se expresa en el mercado, en cambio la noción de necesidad cultural puede o no expresarse en el mercado. La democracia cultural debe tomar en cuenta a ambas, pues si la planificación cultural sólo considerara la demanda solvente ello significaría ratificar y hasta reforzar desigualdades existentes en el acceso y participación de los distintos sectores en la vida cultural.

estarían sentando las bases para que el movimiento creador de cada individuo pueda expresarse plenamente. Este ideal supone, por supuesto, como precondiciones, la existencia de una democracia política y económica, pues resulta difícil crear un paraíso cultural en medio de un infierno social.

El cambio de paradigma implica también cambios conceptuales y un nuevo modo de pensar las políticas culturales. Cultura no es ya sólo una acumulación de obras y conocimientos que una minoría produce, recoge y conserva para ponerlos al alcance de todos, o que un país rico en pasado y en patrimonio ofrece a otros países. No se trata de algo que hay que conquistar o poseer, sino de una dimensión que está ya presente en toda persona y grupo social. Cultura es, entonces, el conjunto de rasgos distintivos -espirituales y materiales, intelectuales y afectivos- que caracterizan a una sociedad o a un grupo social. Ella engloba además de las artes y las letras, los modos y las condiciones de vida de ese grupo o sociedad, los sistemas de valores, las tradiciones, las creencias, y las diversas formas en que se expresa y se desarrolla el individuo. La cultura en tanto creatividad social es un proceso socio-histórico continuo, móvil y dinámico. No puede pensarse como algo estático, que cabe "preservar" o "redistribuir"; se pone así en tela de juicio la concepción tradicional y se la reemplaza por un concepto de cultura que confía su definición a la sociedad misma.

Al abandonarse el concepto de cultura como Bellas Artes -heredada del siglo XIX- cambian también las concepciones tradicionales de patrimonio e identidad cultural. El concepto de patrimonio se amplía y vitaliza. Engloba no sólo la herencia arquitectónica de las ciudades y barrios históricos (patrimonio material y fijo) sino el conjunto de los signos y símbolos (patrimonios material y móvil) transmitidos a través de las artes, las lenguas, las tradiciones orales, la artesanía, el folklore, las creencias, los ritos, los

juegos y hasta los modos de vida y el medio ambiente espiritual de una comunidad. El patrimonio por lo tanto más que el repertorio de piezas o edificios artísticos estéticamente significativos, es todo el conjunto de testimonios del pasado que se vinculan orgánicamente al desarrollo histórico cultural de cada nación, corresponde en definitiva a las señales vivientes de un pasado todavía actuante. Las políticas de patrimonio que se proponen dejan de ser, en consecuencia, sólo políticas de preservación o de monumentos, más bien se propende con la participación de la comunidad a mantener vivo el pasado e integrarlo a la vida actual. Reutilizar, por ejemplo, los edificios históricos e integrar los cascos antiguos de las ciudades a la vida económica y social contemporánea. Pasar de los museos tradicionales a los eco-museos, que pretenden preservar no objetos descontextualizados sino actividades humanas en su propio medio ambiente.

Por su parte la noción de identidad cultural deja de ser estática, visión ésta que implica una marca de fábrica metafísica y un concepto cerrado y autárquico de cultura; lo cual, en base a una metáfora antropomórfica hacia de la identidad el gesto cosificado de un cuerpo único, desconociendo así que la sociedad es viva y que en ella hay tanto instancias de coherencia y unidad como de dispersión y de cambio. La concepción dinámica de identidad cultural elimina entonces el lugar ontológico y finito, y se convierte en una categoría en movimiento, en una dialéctica continua de la tradición y la novedad, de la memoria y la innovación, de la cultura hegemónica y de las culturas subalternas.

En cuanto a políticas culturales cambia la mirada. Se trata ahora de implementar un conjunto de medidas convergentes, que tiendan a crear las condiciones para que todos los sectores y grupos sociales puedan desarrollar libremente su creatividad, en un espectro que abarca desde la lengua, los valores, las costumbres hasta las creaciones artísticas más elaboradas. En el

plano nacional ello implica aceptar todas las culturas o subculturas -en su idiosincrasia y manifestaciones- que coexisten dentro de un país, y en el plano supranacional implica el reconocimiento efectivo del derecho de todos los pueblos a preservar y desarrollar libre y autónomamente su propia cultura.

Pero la mirada no sólo cambia la extensión del campo (abarcando desde las políticas en pro de actividades artístico profesionales hasta las políticas de bienestar cultural -calidad de vida, educación, tiempo libre, etc.-); hay además un cambio cualitativo, en el sentido de valorar lo cultural como una dimensión sustantiva -y no adjetiva- del desarrollo. Puede decirse que a partir de la variable cultural se lleva a cabo una verdadera revisión "humanista" del desarrollo. De allí el concepto de desarrollo integral, que sale al paso a las percepciones economicistas que miden el desarrollo sólo en términos de patrones universales de corte tecnocrático-racional. También el concepto de desarrollo endógeno, que apunta a un desarrollo originado al interior de cada país, basado en los contextos reales de cada sociedad, en las necesidades y aspiraciones de su población y en los recursos actuales y potenciales de que se dispone. De acuerdo con este concepto cada sociedad debe encontrar su propio modelo de desarrollo y no hay un modelo único que pueda ser aplicado como una tabla rasa. Se trata de imaginar modelos de desarrollo que sean consecuentes con la especificidad cultural y social de cada país y que no transgredan su memoria colectiva.

Otro concepto que se inscribe en la matriz de democracia cultural es el de etnodesarrollo, concepto que -referido a una sociedad culturalmente diferenciada como la indígena- apunta a la ampliación y consolidación de los ámbitos de la cultura nativa, y al fortalecimiento de la capacidad y autonomía de esa sociedad para guiar su propio desarrollo. En términos de políticas culturales el etnodesarrollo se traduce en una

estrategia múltiple de recuperación cultural (9), que permite a un determinado sector étnico desarrollar un proyecto cultural, político y social, inscribiéndolo a su vez en un gran proyecto nacional. En la perspectiva de un desarrollo integral o endógeno, las políticas culturales deben pasar a formar parte de los planes más globales de desarrollo de cada país. Teniendo en cuenta que el ámbito de la cultura está estrechamente ligado (y es inseparable) al de la comunicación, de la educación, de la ciencia y de la tecnología, las políticas relativas a cada uno de estos campos deben ser concertadas en el cuadro de una política más general (10). La democracia cultural exige una estrategia de desarrollo que ligue el proyecto cultural, al proyecto educacional, al proyecto comunicativo, al proyecto científico y al proyecto tecnológico, y por ende una articulación entre políticas sectoriales y políticas globales, y entre políticas de corto, mediano y largo plazo. Para llevar a cabo políticas de esta índole se requieren evaluaciones más o menos exactas de la situación real de cada país, un reconocimiento de la población y de las distintas subculturas, de las diversidades y contradicciones sociales.

-
- (9) Recuperación de la palabra y la lengua: recuperación de la memoria y de la conciencia histórica, recuperación de la tierra y de sus frutos; recuperación de la identidad cultural y del espacio social. Véase América Latina, etnodesarrollo y etnocidio, FLACSO, Costa Rica, 1982.
- (10) Rogerio F. Soares Pinto en "Desarrollo moderno y expresión cultural", Culturas, 33, Vol. IX, 1, París, 1983. Distingue un modelo cultural de políticas culturales contraponiéndolo con un modelo económico de políticas culturales. Mientras este último supeditaría el proyecto cultural al bienestar material, adaptando las políticas culturales a las necesidades de una sociedad que se transforma y moderniza, el primero en cambio, armoniza y adapta las políticas de desarrollo económico a la realidad.

Pluralismo y descentralización son -como vimos en los debates regionales- las reglas de oro invocadas para incentivar la democracia cultural. Se les percibe como los componentes fundamentales para activar la participación. Tras estos componentes opera por cierto una concepción del rol de la cultura como espacio de permanente invención del hombre y la sociedad, como una instancia privilegiada del ser persona, sujeto y actor social. No se piensa por lo tanto en un pluralismo y en una descentralización puramente administrativos, se trata sobre todo de que estos componentes permitan a las fuerzas vivas del país expresarse del modo más libre y completo posible. Pluralismo y descentralización implican, de alguna manera, una pérdida de fuerza de la categoría de lo nacional, o para ser más exacto: de la concepción liberal de lo nacional. De acuerdo con el pensamiento liberal más ortodoxo, la asignación del estatuto de ciudadano garantiza por sí mismo la realización de un proyecto democrático. Dentro de una concepción Napoleónica del Estado se cree en consecuencia que la pluralidad cultural, la presencia de identidades diversas, y la existencia de grupos organizados de diferentes maneras ("corporaciones" en el lenguaje liberal) resultan no sólo ajenas sino contrarias a la consolidación nacional. Históricamente por ejemplo, ésta ha sido la orientación básica que han tenido en América Latina los gobiernos liberales frente al problema indígena (11). Pluralismo y descentralización conllevan por ende una concepción distinta de lo democrático y lo nacional, una concepción que percibe la heterogeneidad cultural como base (y no como obstáculo) de lo nacional, y que -en la perspectiva del nuevo paradigma- plantea que sólo fortaleciendo las posibilidades de participación, expresión, e interacción de esta pluralidad, se estará concurrendo a una cultura nacional capaz de resistir los embates uniformadores de la economía y de la cultura transnacional.

(11) Véase Guillermo Bonfill Batalla: "El etnodesarrollo: sus premisas jurídicas, políticas y de organización" en América Latina, etnodesarrollo y etnocidio, op. cit.

Democracia Comunicacional

Aun cuando en las conferencias sobre políticas culturales se insiste en que comunicación y cultura son inseparables, el debate internacional sobre comunicaciones que promueve UNESCO se da separado del anterior, y ello ocurre así, básicamente, como señalábamos al comienzo porque el debate tiene su referente casi único en el campo de acción estatal. Durante la década del 70 UNESCO patrocina una serie de reuniones y conferencias intergubernamentales para discutir y desarrollar orientaciones en torno a políticas nacionales de comunicación (12). En 1977, un año después de la Conferencia General de Nairobi, debido a los ribetes de franca confrontación y guerra fría que ha ido adquiriendo este debate (especialmente en torno al tema de las agencias de noticias (13)), UNESCO crea como solución de compromiso una Comisión Internacional de Estudios de los problemas de la Comunicación. Esta Comisión, que no tiene representación gubernamental, está integrada básicamente por hombres públicos, expertos o académicos, por personalidades con perspectivas culturales, ideológicas y políticas diversas. Presidida por el escocés Sean McBride, la Comisión elabora en dos años y medio de trabajo un informe central que se publica a partir de 1980 en más de 20 idiomas con el título de Un mundo, múltiples voces, y que recibe también el nombre de Informe Mc Bride.

(12) En San José de Costa Rica para América Latina (1976) en Kuala Lumpur para Asia (1970), y en Yaoundé, Camerún para Africa (1981).

(13) Véase Robert White "Christians building a new order of Communications", Centre for the Study of Communication and Culture", Londres, 1983.

Las propuestas de políticas de comunicación contenidas en las recomendaciones de las Conferencias Intergubernamentales, en el Informe de la Comisión Mc Bride y en los documentos de los expertos conforman lo que se conoce genéricamente como Nuevo Orden Informativo Internacional (NOII) (14). El NOII es producto de un diagnóstico que detecta profundos desequilibrios, asimetrías y una circulación unidireccional en los flujos internacionales de la información (Norte Sur, Centro Periferia) y en cuanto al plano interno de cada país: verticalidad, ausencia de participación, centralismo y un acceso a la información y al proceso comunicativo marcadamente desigual. Detecta además que en la mayoría de los países las políticas de comunicación no han sido explicitadas, y son por ende dispersas, inconsistentes, temporales y casuísticas. El diagnóstico se nutre también de un desencanto con el modelo desarrollista de modernización-difusión de las comunicaciones, (promovido por la propia UNESCO entre 1950 y 1970), desencanto éste que es paralelo al que se produjo en torno al modelo extensionista de políticas culturales (15).

(14) Los títulos de gran parte de estos documentos son de por sí significativos: "El derecho del hombre a comunicarse", "Trabas a la libre circulación de la información", "Tipología de restricciones a la libertad de información", "Una política nacional para el equilibrio y la libertad de información", "La comunicación en un mundo pluralista e interdependiente", "Hacia una política nacional de comunicación al servicio del desarrollo", "Una política nacional de socialización y de autogestión de la información".

(15) En la década del 50 la UNESCO intenta convencer a países en desarrollo para que pongan los medios al servicio de la idea de que sólo es posible superar el subdesarrollo en base a la educa

..... Cont.

El marco, la filosofía social subyacente y las propuestas que acompañan a este diagnóstico responden a una aplicación de los principios de la democracia cultural al campo de las comunicaciones. También aquí se trata de generar dinámicas que posibiliten el acceso del mayor número de individuos y la participación de los sectores sociales más diversos en el proceso de la comunicación. Se busca instaurar un Nuevo Orden Informativo que sea equilibrado, pluralista y descentralizado (un mundo con múltiples voces) y que resguarde la soberanía y los intereses de cada país; generar, en definitiva un flujo informativo libre y equilibrado (Free flow, balanced flow) y una comunicación abierta, horizontal, participativa y dialogante. Esto a nivel de los principios y de la utopía.

En lo que respecta a políticas y recomendaciones concretas para implementar el NOII, se parte de la base que no hay un modelo universal de comunicación, y que por lo tanto cada país, región o subregión tendrá que ir definiendo -de acuerdo con sus procesos internos y su idiosincrasia- las medidas y el cambio a seguir. Aun cuando el Informe Mc Bride señala que la formulación de políticas debe ser participativa e involucrar

(15) Cont.

ción. Hubo de hecho un crecimiento vertiginoso en el empleo de los medios de comunicación pero sin un correlato en la elevación del nivel de vida de las grandes masas. A comienzos de la década del 70 UNESCO evalúa esta iniciativa y concluye que la estrategia no obtuvo los resultados esperados: la comunicación per se es incapaz de generar desarrollo. Véase J. Marques de Melo "Democracia e comunicacao na A. Latina", INTERCOM 48, Sao Paulo, 1984.

a los diversos sectores de la sociedad, en el momento de ordenar el crecimiento de las comunicaciones y poner en práctica los principios, todas las esperanzas se depositan en el agente estatal y en el diseño de políticas nacionales de comunicación (PNC). El concepto de soberanía informativa presupone un rol central para cada Estado, en que la acción gubernamental se perfila como eje para corregir distorsiones, diversificar el polo emisor o crear agencias informativas. Este predominio del sujeto-Estado no sólo se plantea en lo informativo-noticioso, sino que domina casi todas las proposiciones y temas del NOII. Puede afirmarse, en este sentido, que la perspectiva nacionalista se superpone al vector democrático.

La insistencia en la formulación de PNC como vía de solución, induce a pensar que el proceso de democracia comunicacional dependerá de la acción de un Estado intervencionista, de una oficina burocrática o de la voluntad de los gobiernos de turno. Es precisamente esta imagen la que alimenta los ataques sistemáticos emprendidos contra la Comisión Mc Bride, o la percepción del debate UNESCO como el intento maquiavélico por promover un control del Estado sobre la propiedad y el funcionamiento de los medios. A diferencia del debate sobre políticas culturales, que siempre tuvo un carácter consensual, el de comunicaciones se ve inmiscuido -desde el comienzo- en violentas y publicitadas confrontaciones ideológicas, incluso hay quienes lo consideran como un factor decisivo en el alejamiento de algunos países del sistema de Naciones Unidas. En la misma Conferencia General en que se da a conocer el Informe Mc Bride (celebrada en Belgrado en 1980), quedan nítidamente perfiladas -a lo largo de la discusión- las posiciones de las 3 fuerzas principales de la política mundial: los países periféricos, subdesarrollados o no-alineados, apoyan y suscriben casi todos los planteamientos (del NOII, al mismo tiempo que reafirman que el proceso de creación de un nuevo orden de las comunicaciones no puede desligarse del establecimiento de un nuevo orden económico internacional. El sector socialista apoya las posiciones del "Tercer Mundo" y de los

no-alineados, haciendo hincapié en que los desequilibrios comunicativos tienen su origen en el pasado colonial y neo-colonial y en el dominio de las multinacionales. Por su parte un bloque de países occidentales, hegemonizado por Estados Unidos, presenta como planteo global la necesidad de transferir tecnología y brindar asistencia técnica y profesional, al mismo tiempo que acepta sólo una parte de las propuestas periféricas, y denuncia las restricciones a la libertad que supone el control estatal de los procesos comunicativos (16).

Repercusiones y Significación del Debate UNESCO

Las observaciones críticas generadas por el debate sobre políticas culturales y comunicativas, se centran fundamentalmente en 4 aspectos: 1) El desfase con las concepciones operantes. 2) El sobredimensionamiento del sujeto-Estado. 3) El voluntarismo democrático, y 4) los límites de la planificación cultural. Dichos aspectos, sobre todo los dos primeros, constituyen un insumo para la nueva etapa de la discusión que se desarrolla en la década del 80. Vale la pena, entonces, detenernos brevemente en ellos.

(16) Véase Alvaro Barros-Lemez y Jorge Luis Ornstein, "El NOII: América Latina y la democratización de la comunicación", Conferencia de la I.A.M.C.R., Caracas, 1980 (documento mimeografiado).

1. El desfase entre los planteamientos UNESCO y las concepciones operantes de cultura queda en evidencia en los Estudios y documentos de políticas culturales, serie promovida por el organismo internacional, en la que se exponen los criterios y las políticas de cada país. De esta serie se realizaron más de 30 monografías, casi todas paralelas o posteriores a las conferencias intergubernamentales (17). Las actividades culturales que cubren las monografías son las artes del espectáculo (balet, danza, teatro, títeres, ópera, etc.), música y folklore, las artes visuales (pintura, escultura, ilustración gráfica, cartografía), literatura y lenguas (bibliotecas), las artes aplicadas (artesanía, diseño, arquitectura), el arte industrial y los medios audiovisuales (cine, radio, televisión). La mayoría de estos textos han sido elaborados por personeros con responsabilidades públicas en educación y cultura, en ellos aparece por ende un uso operacional o administrativo del concepto de cultura. En las monografías de los países capitalistas desarrollados figura como objetivo de las políticas culturales promover el derecho a participar en las actividades culturales (como creador o consumidor). En los países socialistas las políticas culturales también contemplan esta dimensión, pero añaden un objetivo educacional, de formación de la personalidad. En los países en desarrollo además de promover la participación en actividades artísticas, se agrega como función fundamental de las políticas culturales el despertar de una conciencia o autoconciencia nacional (18).

(17) Véase lista de monografías por país en bibliografía final.

(18) Véase Planning for Cultural Development (Expert meeting in Hanassaari), Finland, 17-19 marzo, UNESCO, 1976.

En las monografías de los distintos países, entonces, aparece un concepto operacional o administrativo de cultura que es diferente del concepto amplio, proveniente de la antropología cultural, que predomina en el debate UNESCO. Este desfase apunta a un doble problema conceptual. Por una parte, el concepto antropológico de cultura, más que axiológico y evaluativo es descriptivo (19). Sin embargo, la promoción de la "creatividad social" y de la "participación activa" son objetivos culturales que conllevan una carga valórica, y que por lo tanto no son coherentes con una utilización relativista del concepto de cultura. Por otra parte, cuando se habla -como en el debate- de las "dimensiones culturales del desarrollo" y de los objetivos culturales amplios, se está en realidad afuera del ámbito limitado de las políticas culturales. En el discurso UNESCO, es frecuente encontrar afirmaciones del tipo siguiente: "Las políticas para el desarrollo integral de la sociedad deben comprender una dimensión cultural que ponga el acento en la promoción de los valores humanos, de la igualdad, de la democracia y del progreso social, que asegure esencialmente la libertad de expresión y que otorgue posibilidades reales para el ejercicio de estos derechos". Cabe entonces distinguir entre lo que son objetivos generales para el conjunto de la sociedad democrática y lo que son objetivos específicos de las políticas culturales, o si se quiere: entre objetivos explícitos contenidos en el debate y en el discurso de autoridades públicas y los objetivos implícitos u operantes (que son, a fin de cuentas, los objetivos reales). Para que

(19) Para el antropólogo cultural la guerra y el crimen son tan partes de la cultura como la justicia y la paz.

las declaraciones internacionales no se transformen en letra muerta, es necesario -señalan los críticos- aminorar el desfase entre estos objetivos (20).

2. Con respecto a circunscribir las políticas culturales al vector estatal, se argumenta que si el paradigma de democracia cultural se propone una sociedad que sea -en su diversidad cultural- más participativa y protagónica, resulta una contradicción confiar la tutoría de este proceso al Estado. La descentralización de las políticas culturales, por ejemplo, no puede realizarse vía decretos, o a través de un aparato que tiende por naturaleza a la centralización. La crítica al estatismo proviene también, de regiones sensibilizadas, como América Latina, donde en la década del 70 se viven fuertes experiencias de Estado-autoritario. Se piensa que la implementación de la democracia cultural debe apoyarse más bien en el desarrollo local y comunitario y en los enormes recursos latentes en la sociedad civil.

Se argumenta también que el sobredimensionamiento del Estado conlleva el equívoco de menospreciar la incidencia que tiene el sector privado y el mercado en las políticas culturales y comunicativas. Es posible -como señala José Vidal-Beneyto- que la política cultural que preside los destinos de la producción mass-mediática de Gulf and Western tenga hoy más influencia mundial que la de

(20) Véase Carl-Johan Kleberg "Los objetivos culturales: palabras vacías o política práctica", Cultura, 33, Vol. IX, 1, 1983.

un Estado determinado (21). Es necesario desestimar el perfil de las políticas culturales, puesto que además del Estado intervienen en ellas personas, grupos, instituciones y mundo empresarial. Considerando que la vida cultural es una trama compleja y amplia, habría que tener en cuenta, entonces, más allá del vector estatal, la variedad de fines, acciones, medios, agentes e instancias que configuran una política cultural (22).

3. La crítica y la percepción de un cierto voluntarismo democrático en el discurso UNESCO, se refiere fundamentalmente al Nuevo Orden Informativo Internacional (NOII). Se argumenta que el proceso de democracia comunicacional que postula el NOII es una abstracción utópica si no se inscribe dentro de un proceso general de cambios. Se sostiene que la democratización de las comunicaciones sólo sería viable en la medida que forme parte de un proceso más amplio de redistribución del poder social. Sólo a partir de este proceso podrían promoverse nuevos paradigmas de comunicación. Se trata de una postura maximalista y de cambio (frente a otra gradualista y de reforma), según la cual resultaría imposible que pueda democratizarse el

(21) Véase op. cit. José Vidal-Beneyto.

(22) Habría que mencionar además la crítica que proviene del enfoque libre-empresarial, que rechaza la intervención del Estado -ya sea en funciones de fomento o de control- y que afirma que la regulación debe cumplirla el mercado.

sistema comunicativo sin que se ataque previamente el problema global de las transformaciones socio-económicas (23).

Se señala que el NOII es ahistórico en la medida que supone un rol para el Estado como agente ordenador del sistema comunicacional, prescindiendo de la variable que significa el sistema político imperante en el país de que se trate; la no inclusión de esta variable equivaldría a situarse en un plan de abstracción poco realista. Se afirma también que carecerían de realismo las exigencias de un flujo libre y equilibrado de la información, puesto que en el mundo real lo que sucede en Nueva York tiene mucho más importancia internacional que lo que sucede en Santiago de Chile; en buenas cuentas el desequilibrio en el flujo de noticias está en relación con factores que exceden al campo de las comunicaciones, y mientras esos factores no cambien, la demanda de un "free and balanced flow of information" será, se dice, una exigencia utópica y voluntarista.

4. Desde una concepción vitalista y espiritual se percibe y se critica, por último, los rasgos neopositivistas del discurso UNESCO. Se señala que

(23) Véase Alvaro Barros-Lemez y Jorge Luis Ornstein, *op. cit.*; J. Marques de Melo, *op. cit.* y Robert White "Contradictions in contemporary policies for Democratic Communication", IAMCR, París, 1982.

la planificación cultural tiene límites y riesgos, que lo culturalmente significativo no siempre depende de políticas externas sino también de una serie compleja de factores, a menudo casuísticos e inmanejables. Se advierte frente al peligro de una tecnocracia cultural y de una prosa administrativa que desvitaliza la cultura. Después de participar en la Conferencia de UNESCO de Helsinki, IONESCO escribió lo siguiente:

"Siento rabia al escuchar a los delegados y sus delegaciones con sus cuellos duros y sus corbatas discutir acerca de puntos y comas, llenos de fatuidad y de mediocridad inconsciente, sumergidos en el papel, fuera de toda verdad y de todo amor, queriendo administrar lo que no comprenden, el drama de la existencia, la tragedia humana, el problema de los fines últimos. Todo esto, angustia, fe, desesperanza, ellos lo disecan, lo encierran en cofres, en cajas de cultura: falsas riquezas, falsas soluciones y sobre todo obstáculos a la verdad y la vida".

Se afirma que es necesario preservar espacios para el azar y lo gratuito, para aquello que escapa al utilitarismo, a la idea de participación o a determinada función social. La fantasía irrestricta, lo irracional y la experimentación constituyen -se dice- necesidades del espíritu que las políticas culturales suelen con frecuencia ignorar.

Más allá de estas repercusiones críticas -algunas de las cuales son dadas a conocer en publicaciones o encuentros patrocinados por la propia UNESCO- cabe destacar la significación que ha tenido esta primera etapa del debate. Los indicadores al respecto son varios:

- la discusión y los acuerdos alcanzados (tanto en el campo de las políticas culturales como de las comunicativas) generan una dinámica cuantitativa y cualitativamente importante de investigaciones sectoriales.
- desde esta perspectiva el foro internacional ha servido como instancia mediadora de las demandas sociales de investigación en el área de la cultura y las comunicaciones.
- el debate ha generado también un lenguaje internacional y un léxico común, en áreas que son relativamente nuevas y que no están consolidadas como disciplinas académicas. Un lenguaje que en rigor no es propio ni foráneo de ningún país. Ha servido además como un proceso de capacitación para un gran número de expertos y funcionarios públicos, provenientes de las más diversas regiones del mundo.
- la dinámica de reflexión e investigación generada por el debate ha tenido un claro efecto multiplicador, irradiándose a organismos regionales, centros académicos e instituciones privadas.
- como acervo doctrinal el debate ha tenido incidencia en las políticas culturales y comunicativas formuladas en distintos países, especialmente en situaciones históricas de expansión o recuperación democrática (24).

(24) Cont.

- las propuestas culturales y comunicativas de UNESCO han tenido además resonancia en otros ámbitos sociales, muy particularmente en el mundo de Iglesia. El NOII, por ejemplo, ha sido un referente en la Iglesia Católica para implementar la concepción participativa de las comunicaciones contenida en el Documento de Puebla (25).

Puede señalarse, en definitiva, que tanto la irradiación y vigencia de las propuestas UNESCO, como sus repercusiones críticas, constituyen el sustrato con que se articula la nueva etapa del debate.

(24) Cont.

En Perú el Documento de Bases para la formulación de la política cultural, elaborado por el Consejo Nacional de Cultura en 1983, sigue muy de cerca la Conferencia de Venecia (1970) y Americacult (1978). En la España posterior a Franco la política cultural y el descongelamiento de las autonomías se han nutrido de las discusiones europeas convocadas por UNESCO y el Consejo de Europa.

- (25) Véase Robert A. White "The church and communication in Latin America-Thirty years to search for Patterns", Comm. socialis year-book, 1981-82; y Valerio Fuenzalida "Estrategias de Comunicación de la Iglesia en América Latina", Documento mimeografiado, AIC, Chile, 1982.

SEGUNDA ETAPA

La segunda etapa se inicia con la década del '80. Como ya señalamos, no hay cortes abruptos con la discusión anterior sino más bien un ensamblaje. Se trata de un debate incipiente, que en 1985 recién se desarrolla y sobre el cual, por ende, apenas es posible tener una visión parcial, capaz de detectar rasgos y tendencias, pero no de conjeturar puntos de llegada, ni menos de llevar a cabo una evaluación más global. En términos geográficos, este mismo carácter incipiente permite por el momento una mirada restringida, que sólo puede aspirar a perfilar el debate tal como se ve desde Latinoamérica, y concretamente, tal como se ve en los países en que ha sido más activo: México, Brasil, Argentina, Chile y Perú.

Entre las características y rasgos más relevantes de la discusión pueden señalarse los siguientes:

- Se trata de un debate más independiente (a veces académico, a veces ligado a sectores políticos y empresariales o a movimientos sociales) y menos gubernamental que el anterior, aún cuando en ocasiones pueda contar con algún auspicio de organismos públicos.
- Intelectuales provenientes de las ciencias sociales, de las ciencias humanas y de las ciencias de la comunicación son los interlocutores básicos del debate, y constituyen su agente dinamizador.
- Tras esta preocupación de la intelectualidad progresista por las políticas culturales, subyace una reconceptualización del concepto de democracia y de las relaciones entre el ámbito de la cultura y el de la política.

Básicamente se entiende por políticas culturales a las acciones que intervienen en la creación, producción, circulación y consumo de bienes simbólicos; acciones de las cuales se piensa que no sólo son semi-públicas, sino que, en gran medida, están también configuradas por el sector privado, por los distintos sectores políticos y sociales, y por el modo como se ha ido conformando el campo cultural de cada país.

El debate tiende a centrarse en diagnósticos y propuestas de políticas culturales a nivel nacional, lo que no implica, por supuesto, enfoques nacionalistas o autárquicos. Este marco incide también en la investigación y en un interés por indagar las políticas culturales que históricamente se han aplicado en cada país (26).

- El debate resitúa como centro de interés algunas áreas que atañen a las políticas culturales y que no tenían la misma presencia en la discusión anterior. Se trata de la industria cultural, de la cultura de masas y de sectores vinculados a las nuevas tecnologías, como la informática y la telemática. Ello genera a su vez, intereses de investigación y diagnóstico en estas áreas.

(26) Véase Francisco Reyes Palma Historia social de la educación artística en México (La política cultural en la época de Vasconcelos 1920-1924, Coordinación general de Educación Artística INBA-SEP. México, 1981, y Carlos Catalán, Giselle Munizaga y Rafael Guillisasti, Sistema artístico cultural en Chile 1920-1973, CENECA, Documento de trabajo, 1985.

- Debido al crecimiento de la industria de bienes y servicios culturales, a la constante industrialización de los medios y a los nuevos enfoques de las comunicaciones (que privilegian la mediación cultural), resulta imposible dissociar el debate sobre políticas culturales del debate sobre políticas de comunicación y sobre industria cultural. En esta etapa, por lo tanto, las políticas culturales incluyen y engloban a las políticas de comunicación.

- A diferencia de la etapa anterior, en que el debate se centraba en ideas-fuerzas (pluralismo, participación, acceso, descentralización y diversificación) y tenía un carácter abstracto y principista, ahora, manteniendo los mismos principios se concentra más bien en los modos de operacionalizar estas ideas-fuerzas (27). Se tiende por lo tanto a realizar diagnósticos sectoriales y propuestas de democratización específica para las distintas áreas culturales y comunicativas (televisión, radio, etc.). Antes en cambio la tendencia era a formular políticas de índole general o global.

- Mientras en la etapa anterior se tendía a reducir la información y los medios masivos a las noticias y a la prensa, ahora se le presta atención a todo el espectro comunicacional (desde la telemática hasta el melodrama) como también a las estructuras tecnológicas y de mercado.

(27) Véase María de la Luz Hurtado: Bases para una discusión de políticas comunicacionales en Chile, CENECA, Documento de trabajo, 1985.

Si bien en el debate hay zonas de consenso hay también zonas de tensión. Así por ejemplo, en cuanto a políticas culturales, hay quienes asignan un papel fundamental -como instancia de fomento y control- a los movimientos sociales y a las formas de organización que se dé la comunidad, otros al mercado y a las políticas de privatización (28) y otros incluso -en países como México y Perú- al Estado. Hay además posturas mixtas: movimientistas, mercantilistas o estatistas según sea el caso.

Desde otro ángulo, hay quienes son partidarios de políticas contenidistas (especialmente en países con fuerte población indígena), y hay también quienes (en países con población más homogénea) postulan que las políticas culturales sólo son democráticas cuando no son contenidistas, y cuando se limitan a crear una institucionalidad que garantice la existencia y reproducción de la mayor diversidad de circuitos culturales, sin cooptar o intervenir en sus formas de operar (29).

(28) Políticas de privatización son aquellas que traspasan al mercado procesos que antes se encontraban bajo tuición público-administrativa.

(29) Véase planteamientos contenidistas en América Latina etnodesarrollo y etnocidio. FLACSO, San José, Costa Rica, 1982, y no contenidistas en José Joaquín Brunner: Políticas Culturales para la democracia. CENECA, Documento de trabajo, 1985.

La Década del 80 : Un nuevo clima intelectual

Para entender algunas de las características del debate en curso es necesario referirse brevemente al clima cultural, a los estilos intelectuales y a los enfoques analíticos que predominan en la década del 80. El llamado "Tercer Mundo" puede, sin duda, concebirse como el sujeto histórico (real o invocado) de los debates político-sociales y culturales de la década de los 60. Durante ese período y hasta comienzos de los años 70, fue ésta una sombra omnipresente, que llevó a los intelectuales euro-atlánticos a imaginar sus propias sociedades desde la periferia y a pensar el Norte desde el Sur. El cambio y la revolución fueron en este sentido los ejes articuladores de las utopías. Las ciencias sociales cumplieron así un rol ancilar de la política, y sus productos fundamentales fueron el neo marxismo (desde Althusser a Poulantzas) y las teorías de la dependencia y de la marginalidad. Se trató también de productos revestidos de certidumbres ideológicas y de una fe casi iluminista en el carácter redentor del "Tercer Mundo" o en la inevitabilidad de la revolución.

Muy distinto es el clima intelectual en los años 80, en una década en que tanto en Europa como en América Latina hay -en las utopías revolucionarias- signos evidentes de reflujo. Una serie de hechos históricos (los retrocesos y las experiencias autoritarias en África y América Latina, los socialismos "reales", los socialismos moderados europeos) conforman un clima propicio para la disipación de las certidumbres ideológicas y para el reemplazo de los grandes proyectos imbuidos de una concepción heroica de la política por una perspectiva de cambios graduales, por acciones menos grandilocuentes y espectaculares pero más realistas. La política deja de ser así el desafío de lo imposible y se convierte cada vez más en el arte de lo posible. El viaje intelectual de un Régis Debray, desde que teoriza la guerra de guerrillas en América Latina, hasta

la búsqueda de una Europa que no sea devorada por la política de bloques, constituye un claro ejemplo de esta trayectoria (30).

Afectada por la fuerza creciente de grupos o movimientos sociales que aportan nuevos temas (feminismo, ecología, pacifismo, organizaciones de consumidores, etc.) la década del 80 es también un período de recomposiciones a distintos niveles, de recomposición entre la sociedad civil y la sociedad política, entre el poder central y el poder local, entre el sexo femenino y el sexo masculino, entre los productores y los consumidores, entre el alma y el cuerpo. En el plano del pensamiento político ello se traduce en una extensión del concepto de lo democrático, que no puede reducirse ahora sólo al Estado, a los partidos o a los macrosistemas, sino que se amplía a la sociedad civil (31), a las relaciones laborales, vecinales y de pareja y a los microsistemas ("democracia en el país y en la casa" dice uno de los lemas feministas). En el plano de las ideas la frase "small is beautiful" de Schumacher, entraña todo un programa de focalización intelectual (de inversión del telescopio), un programa que tiene vasos comunicantes con la perspectiva de autores como Foucault, Laclau, Habermas, Heller, Ginzburg, Stone, y en general con todos aquellos que se interesan por develar los órdenes invisibles de la vida cotidiana, los repliegues de la internalización sico-social y la microfísica del poder.

(30) Véase al respecto, Norbert Lechner: "De la Revolución a la Democracia. El debate intelectual en América del Sur", Opciones 6, Santiago de Chile, 1985.

(31) Véase María de la Luz Hurtado: "Bases para una discusión de políticas comunicacionales en Chile", Documento de trabajo, CENECA, Santiago, 1985.

En el plano de la actitud vital, especialmente en los países industrializados de Occidente, junto al auge de los movimientos sociales, florece una cultura de corte hedonista y narcicista, en que el cultivo del propio cuerpo y de la propia alma conlleva una ética y una estética centradas no ya en la sociedad sino en el individuo. De la observación de este panorama surgen los temas del postiluminismo y de la postmodernidad, como también la percepción de una crisis cuyas raíces estarían en el desfase entre una modernización capitalista (que requeriría para su funcionamiento de una racionalidad instrumental y de una ética del sacrificio) y un clima cultural más bien ecléctico y hedonista, con posturas vitales a menudo críticas e irreconciliables con los paradigmas de la modernidad (32). Se trata en todo caso de fenómenos que resitúan el rol de la cultura y las comunicaciones, y que puestas que hacen de ellas instancias privilegiadas para la constitución de identidades, y espacios insustituibles para ejercer los rituales de reconocimiento y trascendencia que los nuevos estados de ánimo requieren.

Las pulsaciones intelectuales euro-atlánticas se hacen también presentes en América Latina, pero rearticuladas en contextos diferentes. Los autoritarismos de los 70' en el cono Sur y los procesos de recuperación y transición democrática de los 80' juegan en este sentido un rol decisivo. Tras las experiencias autoritarias se produce una revalorización de la democracia, y el convencimiento de que lo democrático no sólo debe regir los ordenamientos político-institucionales,

(32) Véase Jürgen Habermas: "Modernidad: un proyecto incompleto", Punto de vista, 21 de agosto, Buenos Aires, Argentina, 1984.

sino que debe impregnar todos los ámbitos de la vida cultural. Precisamente una cultura plural, participativa y diversa -vale decir una cultura de la democracia- aparece como la garantía necesaria e imprescindible para una perdurabilidad democrática. Se produce así un cambio en las relaciones entre política y cultura, según el cual esta última deja de ser concebida sólo como un campo de contienda o como un epifenómeno de la primera. Más bien ahora es la política la que será contemplada desde la cultura. Este cambio de ángulo y el vuelco de la discusión intelectual hacia la cuestión democrática, explica en gran medida el creciente interés de los científicos sociales por la cultura y por las políticas culturales. Por otra parte, la experiencia de los estados fuertes desemboca -por extensión- en una crítica a las concepciones estatistas, y en una invocación a las fuerzas latentes y a los sujetos plurales de la sociedad civil. Se trata de una perspectiva que en el debate sobre políticas culturales alimenta la desconfianza ante el Estado como agente privilegiado de una refundación cultural, y que favorece en cambio las posturas de índole movimientistas o mercantilistas.

En el plano más específico del estudio de las comunicaciones y de la cultura se producen también cambios de enfoques y de paradigmas analíticos (33). La comunicación ya no será concebida como la transferencia directa de un mensaje a un destinatario; las condiciones socio-culturales del receptor aparecen como mucho más importantes de lo que pensaban los estudios funcionalistas. La cultura deviene así una variable decisiva entre el emisor y el receptor. Se pasa entonces del

(33) Estamos pensando, entre otros, en trabajos recientes de Robert White, Néstor García Canclini y Jesús Martín Barbero. Véase bibliografía final.

estudio de los medios al estudio de las mediaciones: al análisis de las temporalidades sociales, de las instituciones y de las diversas matrices culturales. Esta perspectiva pone de relieve los fenómenos de apropiación diferencial y de recepción activa de los mensajes comunicacionales y diluye las teorías unidireccionales de dominación o manipulación cultural (tan en boga en la década de los 60) que tendían a percibir a los consumidores como receptáculos inertes y pasivos.

Por otra parte la tendencia iluminista a percibir los fenómenos culturales y comunicativos sólo a nivel de una racionalidad instrumental y funcionalista (y en el universo de lo ideológico-político) no tardará en abrirse a otras perspectivas (a lo expresivo, lo lúdico, lo festivo, lo emotivo, etc.) a dimensiones vinculadas a una racionalidad distinta y a un universo simbólico-afectivo. La apertura a otra matriz implica, en cuanto a políticas culturales, prestar tanta atención a la cultura de masas como a la alta cultura, al melodrama como a la obra clásica. Significa sobre todo prestar atención a la industria cultural, dejando de lado las percepciones demonizantes que tendían a percibirla como un fenómeno intrínsecamente contrario al desarrollo y a la democratización de la cultura. En el plano de las políticas culturales esta óptica permite identificar al mercado y a los empresarios como un sector que incide y tiene un rol en la configuración operante de las políticas culturales. Cabe señalar por último, que junto con los cambios de enfoque se deja también atrás cierto estilo de reflexión, característico de la década de los 60, un estilo que privilegiaba lo teórico y lo macro (aparatos ideológicos, dominación y hegemonía, estructuras dominantes, etc.) o que cristalizaba a menudo en discursos de carácter denunciativo.

Las Industrias Culturales

El tema de las industrias culturales constituye una de las preocupaciones centrales en la etapa actual del debate. Básicamente ello obedece a las siguientes razones:

- La cultura está hoy condicionada cada vez más (en sus modos de expresión, contenidos y función) por la industrialización de los sistemas de producción y difusión de mensajes culturales, y por su circulación en forma de productos o servicios.
- Se da también una creciente internacionalización y transnacionalización de la cultura (de la labor editora, de la publicidad, de la producción audiovisual, etc.), que se explica por la relación insoslayable entre masividad, mayor mercantilización y mayor internacionalización.
- La producción en serie y aplicando estrategias de marketing, sumada a los avances tecnológicos, han multiplicado en proporciones inimaginables la gama de mensajes culturales, proceso este en que la producción de cultura industrializada se entrecruza con el aparato de producción de la información (medios masivos).
- La industria de la cultura y de las artes convocan y movilizan actualmente una enorme cantidad de inversiones y recursos. Las cifras de gasto o consumo cultural, el instrumental cultural (televisión, video, computadoras, etc.) y el tiempo que se dedica a la cultura han crecido en proporciones geométricas. Tanto así, que John Kenneth Galbraith, conocido economista liberal norteamericano, ha señalado que las industrias culturales pueden ser las industrias del futuro en Estados Unidos, y que deberían

reemplazar a las industrias bélicas y de alta tecnología (34).

Se trata de realidades que si bien se inician en los países industrializados después de la segunda guerra mundial, sólo en la última década adquieren -tanto en los países centrales como en los periféricos- la envergadura y la extensión que les conocemos en el presente.

La primera observación que puede hacerse acerca del debate sobre industrias culturales, es que en la etapa actual está más institucionalizado y tiene mayor legitimidad académica (y por lo tanto es menos ideológico) que en la anterior. Participan en la discusión cientistas sociales, analistas culturales, comunicadores, personajes de gobiernos y de organismos internacionales. Pueden distinguirse fundamentalmente dos posturas: una de ellas percibe a las industrias culturales y a su transnacionalización como un peligro para el pluralismo y la autonomía cultural de los distintos países. Continúa, en términos generales, la perspectiva de T. Adorno y de la Escuela de Frankfurt, enriquecida por la discusión del Nuevo Orden Informativo; corresponde sin embargo a una postura más moderada, en que hay nuevos conceptos y una mayor acumulación empírica. La segunda postura, en cambio, percibe a las industrias culturales como un factor que ha jugado o puede jugar un rol significativo en

(34) "La música, las películas, el teatro, las producciones de televisión, la ropa y el diseño de ella, las artes visuales, etc. son industrias que tienen una cualidad de cambio, una dinámica y también una ventaja norteamericana ... No estamos amenazados por los japoneses en Dallas". Declaraciones a la prensa de Galbraith, luego de aparecer su libro La Anatomía del Poder, en 1983.

la expansión y en la democratización cultural. Desde este ángulo la industrialización de la cultura sería una instancia que si bien acarrea distorsiones conlleva también enormes potencialidades. Vale la pena detenernos brevemente en estas dos posturas.

- a) Dentro de la primera pueden mencionarse a autores como Armand y Michele Mattelart, Xavier Delcourt, H. M. Enzensberger, Herbert I. Schiller y Cees Hamelink (35). Se trata de una postura que se nutre del análisis del rol de estas industrias en los flujos culturales entre diferentes naciones. Y que percibe en la naturaleza y en el estado actual de estos flujos -como también en los usos sociales de las nuevas tecnologías, y en la creciente interdependencia y mundialización de la economía y de la cultura- percibe, decíamos, una amenaza para la autonomía y la identidad cultural de los países periféricos y en último término para el propio desarrollo de estos países. Las industrias culturales no son en este sentido simples medios de producción, sino -para usar un término de Enzensberger- industrias de la conciencia, que cumplen por ende una función integrativa en la medida que aseguran la adhesión de sectores masivos al sistema que las hace posibles. De modo que

(35) Véase A. Mattelart, Xavier Delcourt, Michele Mattelart ¿La cultura contra la democracia?, Barcelona, 1984; Jean Louis Reiffers Las empresas transnacionales y el desarrollo endógeno, Madrid, 1982; Kumar Krishna Transnational enterprises: Their impact on Third World Societies and Culture, Colorado, U.S.A., 1980; Raquel Salinas y Leena Paldan "Culture in the Process of Dependant Development" en National Sovereignty and International Communication, New Jersey, U.S.A., 1979; Cees Hamelink Hacia una autonomía cultural en las comunicaciones mundiales, Buenos Aires, 1985.

-según esta postura- la cultura de masas no es tan sólo el producto de estas industrias, sino que es también funcional a un conjunto de valores y a un determinado sistema político.

Las empresas transnacionales o multinacionales y las necesidades del mercado tejen entonces las redes de estos flujos, lo que se traduce en un riesgo para la supervivencia de los sistemas culturales autónomos de Asia, Africa y América Latina (como también para los que existen al interior de Estados Unidos y Europa). Los Estados nacionales, a quienes les compete resguardar estos sistemas, se ven en consecuencia enfrentados a nuevos desafíos. El desafío de amortiguar y corregir relaciones socio-culturales asimétricas y de interdependencia.

Para las industrias que participan de este proceso el mundo entero es un mercado, y el cliente mundial resulta básico para ese mercado. La industrialización de la cultura se ha globalizado. El mercado mundial y el cliente mundial requieren una sincronización óptima de los valores culturales, de modo que los sistemas culturales autónomos no perjudiquen la unidad del sistema transnacional. Para referirse a esta globalización, y a la amenaza a la diversidad de los sistemas culturales que ella entraña, Cees Hamelink utiliza el concepto de sincronización cultural (36). Entiende por tal el tráfico masivo de productos culturales en una sola dirección y de modo sincrónico. Como parte de este

(36) "En los estudios internacionales, se describe generalmente a este fenómeno como imperialismo cultural. Yo prefiero el concepto de sincronización cultural ... A mí parecer el imperialismo cultural es la forma más frecuente, aunque no exclusiva, en la que se manifiesta la sincronización cul

sistema global, los bienes culturales fabricados en Europa y Estados Unidos (Hamelink habla de "metrópoli") -series de televisión, películas, música popular, nuevas tecnologías, etc.- se exportan masivamente para ser reproducidos, distribuidos, intercambiados y consumidos en los países destinatarios, compitiendo así con los valores y las formas culturales nativas. Influencia exógena que o bien puede ser impuesta sobre un sistema cultural, o bien puede ser buscada activamente por éste. Tal proceso de sincronización cultural implica que un tipo particular de desarrollo se difunda persuasivamente en los países receptores. La "metrópoli" ofrece el modelo con el que los receptores se sincronizan. El proceso local de creatividad social y cultural resulta entonces perturbado y corre el riesgo de convertirse en una simple caja de resonancia (37).

(36) Cont.

tural. Esta puede darse sin que las relaciones imperialistas constituyan el factor causal básico o simplemente, sin que estas relaciones existan. Así sucede, por ejemplo, con la adopción en los medios masivos soviéticos de tantos símbolos y formatos de producción occidentales". Cees Hamelink op. cit. p. 18

(37) Esta postura ha sido debatida en numerosos estudios sobre la recepción cultural que niegan que pueda establecerse una equivalencia o una simetría entre los bienes simbólicos emitidos y su recepción. Desde este ángulo los bienes culturales exógenos serían "leídos" en los países receptores desde perspectivas ajenas y distintas a las que subyacen en los mensajes culturales venidos desde la "metrópoli".

Se trata de una postura que en cierta medida se acopla a las teorías de la manipulación y colonización cultural de los '70, pero que es menos maniqueísta. Una postura que desconfía del mercado como índice de demanda o garantía de control social. Una postura que plantea -en cuanto a políticas culturales- la responsabilidad de los Estados Nacionales, en un espectro de acciones que abarca desde apropiarse y adaptar los factores exógenos, pasando por la no dependencia y hasta la desvinculación total de la "metrópoli". Todo ello vía políticas de restricción o de fomento. Plantea también -como garantía de control social- la necesidad de involucrar en las políticas culturales y comunicativas a los sectores intermedios u organizados de la sociedad.

- b) La segunda postura, aun cuando reconoce los problemas que ofrece el estado actual de los flujos culturales, tiende más bien a subrayar el potencial de las industrias culturales como factor para el desarrollo y la democratización de la cultura. Tal postura está bien representada, por ejemplo, en la reunión de expertos que en junio de 1980, convocó en Montreal la UNESCO, reunión que tuvo el objeto de "examinar el lugar y la función de las industrias culturales en el desarrollo cultural de las sociedades". Los resultados de este evento fueron publicados en un libro de título significativo: Industrias culturales: el futuro de la cultura en juego (38).

Según esta postura el crecimiento y consumo cultural evidencian que el progreso de la democratización cultural se está concretando mucho más amplia

(38) Editado en español por UNESCO y Fondo de Cultura Económica, en 1983, México.

mente con los productos culturales accesibles en el mercado que con la extensión cultural subvencionada por el Estado. La reflexión por lo tanto no puede permanecer en las oposiciones simplistas "comercio vs. cultura", "arte vs. industria", "cultura internacional vs. cultura nacional". Sostiene que hoy las propuestas de autarquía cultural resultan anacrónicas, por una parte porque históricamente las culturas siempre se han fecundado entre sí, y por otra, porque en el actual estado de mundialización de las relaciones económicas y sociales, la autarquía cultural sería de hecho imposible.

La producción, reproducción, conservación y difusión de bienes y servicios culturales según criterios industriales y comerciales resulta entonces, hoy por hoy, un dato ineludible de la vida moderna, tal como lo son la computación y el télex. Denunciar la lógica de la comercialización cultural o intentar suprimirla por decreto resulta por ende inútil. Lo que sí cabe es corregir las distorsiones que esta lógica acarrea, como también definir las condiciones de un desarrollo equilibrado y pluralista de las industrias culturales en función de las características propias de cada sociedad. Dentro de esta perspectiva el problema es promover condiciones que permitan movilizar la potencia de las industrias culturales en beneficio del desarrollo cultural y, en general, fomentar el enriquecimiento mutuo de las culturas y el proceso de universalización en curso, manteniendo al mismo tiempo la identidad cultural de cada pueblo. El gran desafío es entonces articular las exigencias de democracia en el plano de la emisión, expresión y comunicación, con las nuevas tecnologías y con la creciente concentración en la base industrial.

En cuanto a políticas culturales esta segunda postura propende a corregir distorsiones y a fomentar la existencia de industrias culturales nacionales o regionales que sean competitivas. Corregir las distorsiones implica identificar los puntos neurálgicos, y llevar a cabo análisis sectoriales de las

distintas fases de cada industria (creación, producción, promoción, circulación, distribución, consumo). La fragmentación del campo para su análisis y el estudio de las perturbaciones que experimenta cada mercado constituyen requisitos previos a la aplicación de políticas. Ello significa no el diseño de una política única y general, sino de políticas sectoriales adecuadas a cada una de las diferentes áreas (industria musical, industria cinematográfica, industria editorial, etc.). En términos generales puede decirse que mientras la primera postura es fundamentalmente sostenida por científicos sociales o estudiosos vinculados al campo académico, la segunda es sustentada de preferencia por personeros de gobierno o por expertos de organismos internacionales.

Cabe por último señalar que paralelamente a la discusión más institucionalizada sobre industrias culturales, hay también un debate a nivel de la opinión pública y de los creadores culturales, un debate que se concentra sobre todo en la cultura de masas como producto de estas industrias. Se trata de una discusión que suele alinearse de acuerdo a matrices político-ideológicas: los sectores conservadores tienden a concebir la cultura de masas como la cultura de los incultos y del mal gusto, como una manifestación de la carencia de educación y discernimiento de quienes la consumen. Los sectores progresistas a menudo comparten esta visión negativa de la cultura de masas, señalando que ella carece de la originalidad del verdadero arte y que es homogénea y degradada, pero a diferencia de los sectores conservadores no culpan de ello a los consumidores, sino a los sectores dominantes que la imponen con fines manipulativos. Finalmente, una variada gama político-estética (desde sectores progresistas modernizantes hasta empresarios y creadores vanguardistas) perciben a la cultura de masas como un producto masivo fabricado para el mercado, que intrínsecamente no tiene rasgos positivos ni negativos y que puede ser tanto mediación de la cultura ilustrada como de la cultura popular. Cada

una de estas posiciones conlleva, por cierto, una postura sobre las industrias culturales y sobre su rol en el desarrollo social.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

1. El ensamblaje entre la discusión UNESCO, de carácter eminentemente principista, y el debate actual que constata una creciente internacionalización de la cultura (junto a una pérdida de vigencia de las teorías de la dependencia y del imperialismo cultural) (39), estaría indicando la necesidad de nuevos paradigmas y de un cuerpo doctrinario que permita articular los principios culturales de la democracia (pluralismo, descentralización y participación) con las condiciones actuales de producción, distribución y consumo de bienes culturales. La carencia de conceptos y de un cuerpo doctrinario adecuado a la complejidad del campo se traduce, por una parte, en un predominio de diagnósticos y debates sectoriales (40) y por otra, en cierta pasividad o en retrasos e insuficiencias de reglamentación legal con respecto a las innovaciones tecnológicas en curso y a sus consecuencias en el plano cultural.

2. En la segunda etapa, con la incorporación de las ciencias sociales priman, como señalábamos, las posturas que tienden a aminorar el rol del Estado en la gestión cultural (o a darle un carácter más neutro y formal), mientras paralelamente se enfatizan los recursos latentes

(39) Esta pérdida de vigencia afecta, en general, a las teorías epifenoménicas de la cultura.

(40) En lugar de centrar el debate en políticas culturales se lo centra, por ejemplo, en políticas de TV o políticas de informática; políticas que se debaten más bien desde la realidad empírica de cada sector, y no desde una concepción determinada de lo que es o de lo que debería ser la cultura nacional.

de la sociedad civil y el rol de la acción privada y del movimiento social. Esta tendencia a desestatizar (y democratizar) las políticas culturales contrasta, sin embargo, con las interrogantes derivadas de las nuevas tecnologías y de la masificación industrial, las cuales perfilan como actor y ordenador preponderante al Estado, percibiéndolo como una instancia reguladora del mercado y de la uniformación cultural. Los límites del dirigismo en la cultura y el rol del poder central en resguardo del patrimonio de cada país, siguen siendo áreas de controversia y discusión.

El triángulo de las tensiones continúa teniendo entonces los mismos 3 vértices: el Estado (o la administración pública), el Mercado y la Sociedad Civil (o la comunidad). Triángulo que conlleva un reconocimiento a la múltiple determinación de las políticas culturales. La ubicación de los interlocutores en uno u otro de los vértices, pareciera depender más bien de matrices político-ideológicas y de coyunturas específicas que de un cuerpo teórico-doctrinario o de una filosofía del hombre y de la cultura.

3. Además de las características generales que en ambas etapas reviste el debate, éste ofrece peculiaridades vinculadas a las dinámicas económicas y socio-históricas propias de cada región o país. En Latinoamérica por ejemplo, en los países con alta población indígena como Bolivia, Perú y Ecuador es frecuente una perspectiva dualista que opone la cultura nativa a la occidental, lo autóctono a lo exógeno, la cultura popular a la culta y la sociedad tradicional a la moderna. Desde esta dicotomía y abogando por uno de los polos, se defiende la preservación de lo propio, de las lenguas indígenas y de la tradición oral. Surge entonces un discurso que es partidario, en su proyección más ortodoxa, de una cultura autárquica, anticótemporánea y antioccidental.

En algunos países caribeños y centroamericanos como Nicaragua, El Salvador, Cuba y Puerto Rico, es frecuente una postura que percibe al cambio social (y al cambio

de status político en el caso de Puerto Rico) como una condición previa y necesaria para encarar los problemas de políticas culturales. Se enhebra así un discurso en que prima la crítica anti-imperialista, la concepción comprometida del arte y la visión redentora de la cultura popular de tradición campesina, a la que se percibe -junto con los valores que se gestan en las luchas de liberación- como el sustrato de la futura soberanía cultural.

En países como Argentina, Uruguay y Chile, que han experimentado gobiernos autoritarios y que han recuperado la democracia o se encuentran en vías de recuperarla, es frecuente la perspectiva bipolar (antes y después de) que recurre a la restauración discursiva de un pasado democrático. Perspectiva ésta que percibe el período de autoritarismo como años de somnolencia e inmovilidad, y a la democracia como instancia revitalizadora. Todas estas posturas conforman un dato ineludible en el momento de diseñar políticas culturales; como diagnóstico, sin embargo, no están exentas de cierta carga ideológica, lo que es explicable dado los contextos históricos específicos en que se gestan. Por lo mismo, para el mediano y largo plazo, es difícil desprender de ellas las pautas de acción más racionales o aconsejables.

Las 3 consideraciones que hemos hecho apuntan, en síntesis, a la necesidad de pensar las políticas culturales tomando en cuenta las condiciones reales en que éstas se van a desenvolver; condiciones de globalización, mundialización e internacionalización de la economía, la política, las comunicaciones y la cultura, condiciones que en las postrimerías del siglo XX obligan a revisar el parámetro de los estados nacionales, parámetro que hasta hoy ha sido el lecho de Procusto de la reflexión cultural.

BIBLIOGRAFIA

- América Latina: etnodesarrollo y etnocidio (Varios autores), FLACSO, San José, Costa Rica, 1982.
- Argomedo, Alcira. "Comunicación y democracia en las propuestas del N. O. I. I.", Ponencia presentada a CLACSO, grupo Comunicación, Santa Marta, Colombia, 17-20 de mayo, 1981.
- Aguinis, Marcos. "Ideología de la cultura democrática", Debates, abril-mayo, Buenos Aires, 1985.
- Barros-Lemez, Alvaro y Ornstein, José Luis. "El N. O. I. I., América Latina y la democratización de la comunicación". Conferencia de la I. A. M. C. R., Caracas, 1980.
- Barbero, Jesús Martín. "Desafíos e investigación en comunicación en América Latina", INIVALLE, 8, Colombia, 1981.
- Barbero, Jesús Martín. "Cultura popular y cultura de masas", Materiales para la comunicación popular, 3, abril, IPAL, Lima, Perú, 1984.
- Brunner, José Joaquín. "Políticas culturales para la democracia", CENECA, Documento de trabajo, Santiago, Chile, 1985.
- Boletín Intercom, 49-50, julio-octubre, Sao Paulo, Brasil, 1984.

- Cao-Tri, Huynh. "Identidad cultural y desarrollo", Cuadernos Americanos, I, México, 1985.
- Conferencia intergubernamental sobre los aspectos institucionales, administrativos y financieros de las políticas culturales, Venecia, 1970, UNESCO, París, 1970.
- Conferencia intergubernamental sobre las políticas culturales en Europa, Eurocult, junio, Helsinki, 1972, UNESCO, París, 1972.
- Conferencia intergubernamental sobre las políticas culturales, Asiacult, Yakarta, 10-19 diciembre, UNESCO, París, 1973.
- Conferencia intergubernamental sobre las políticas culturales en Africa, Africacult, Accra, Ghana, 28 octubre - 6 noviembre, 1975, UNESCO, París, 1975.
- Conferencia intergubernamental sobre las políticas culturales en América Latina y el Caribe, 10-20 enero, Bogotá, 1978, Americacult, UNESCO, París, 1978.
- Conferencia intergubernamental sobre las políticas culturales en los países árabes, Arabiacult, 1981, UNESCO, París, 1981.
- Conferencia mundial sobre las políticas culturales, México, DF, 26 julio-6 agosto, 1982, Mundiacult, UNESCO, París, 1982.

- Conferencia intergubernamental sobre políticas de comunicación en América Latina y el Caribe, San José, Costa Rica, 12-21 julio, 1976, UNESCO, París, 1976.
- Cornejo Polar, Jorge. "Un animador cultural para América Latina", Culturas, 33, 160-174, UNESCO, París, 1983.
- Cultural rights as human rights, UNESCO, París, 1968.
- Cultura y sociedad en América Latina y el Caribe (especialmente F. Herrera "Las políticas culturales en América Latina y en el Caribe" y Mauro Mari ni "Interdependencia e integración continental"), UNESCO, Siglo XXI, México, 1981.
- Cultural policy: a preliminary study, Serie UNESCO, Políticas culturales.
- Cultural policy in the United States, Charles C. Mark, Serie UNESCO.
- Cultural policy in Italy, (a survey prepared under the auspices of the Italian National Commission for UNESCO), Serie UNESCO, Políticas culturales.
- Cultural policy in Yugoslavia, Stevan Majstorovic, Serie UNESCO, Políticas culturales.
- Cultural policy in Bulgaria, Kostadine Popov, Serie UNESCO, Políticas culturales.

- Cultural policy in Egypt, Magdi Wahba, Serie UNESCO, Políticas culturales.
- Cultural policy in Finland, (a study prepared under the auspices of the Finish National Commission for UNESCO), Serie UNESCO, Políticas culturales.
- Cultural policy in Sri Lanka, H. H. Bandara, Serie UNESCO, Políticas culturales.
- Cultural policy in Nigeria, T. A. Fasuyi, Serie UNESCO.
- Cultural policy in Iran, Djamchid Behnam, Serie UNESCO.
- Cultural policy in the Federal Republic of Germany, German Commission for the UNESCO, Serie UNESCO.
- Cultural policy in the Philippines, UNESCO National Commission of the Philippines, Serie UNESCO.
- Cultural policy in Liberia, Kenneth Y. Best, Serie UNESCO.
- Cultural policy in Hungary, Hungarian National Commission for UNESCO, Serie UNESCO.
- Cultural policy in Kenya, Kivuto Ndeti, Serie UNESCO.

- Cultural policy in Rumania, Ion Dodu Balan, Serie UNESCO.
- Cultural policy in the Republic of Zaire, Dr. Bokonga Ekanga Botombele, Serie UNESCO.
- Cultural policy in Ghana, Cultural Division of the Ministry of Education and Culture, Serie UNESCO.
- Cultural policy in the Republic of Korea, Kim Yersu, Serie UNESCO.
- Depaigne, Jacques. Políticas culturales en Europa, Sinopsis de informes sobre políticas culturales nacionales presentados a la Conferencia de Oslo, --- 1976, Ministerio de Cultura, España, 1980.
- Documento de bases para la formulación de políticas culturales, Consejo Nacional de Cultura, Lima, Perú, 1983.
- Estado y Cultura en Brasil. Años 70, Micelli, Sergio (varios autores), Río de Janeiro, 1984.
- "Encuesta: el Estado y el estado de la cultura", Debate, 19, Lima, Perú, 1983, 8-17.
- "Fabrizio, Claude." "El desarrollo cultural en Europa", El desarrollo cultural, UNESCO, París, 1982.

- Fox, Elizabeth. Políticas nacionales de comunicación en Colombia, Ciespal, Quito, 1981.

- Fuenzalida, Valerio. Democratización de la Televisión Chilena, Santiago, CPU, 1984.

- García Ponce, Evangelina. "América Latina y el Caribe: comunicación y cultura como partes del desarrollo integral", Cultura y Sociedad en América Latina y el Caribe, UNESCO, México, 1981.

- Girard, Augustin. Cultural development: experience and policies, UNESCO, París, 1982.

- Graña, César. "Cultural identity as an intellectual invention (some spanishamerican examples)" "Simposio sobre Sociología de los Intelectuales", Buenos Aires, 3-5 julio, 1967.

- Hacia una democracia cultural. Conferencia de Ministros Responsables de Asuntos Culturales, Consejo de Europa, Estrasburgo, 1976, Ministerio de Cultura, España, 1979.

- Hacia una política cultural de Honduras. Alba Alonso de Quesada, Serie UNESCO.

- Hamelink, Cees. Hacia una autonomía cultural en las comunicaciones mundiales, Buenos Aires, 1985.

- Herrera, Felipe. "Las políticas culturales y la identidad latinoamericana", 1977, Documento de trabajo.

- Herrera, Felipe. "El desarrollo y las políticas culturales en América Latina" en Valores culturales y nuevo orden internacional, ICI, Madrid, 1978.
- Herrera, Felipe. El escenario latinoamericano y el desafío cultural. Santiago, Caldoc, 1981.
- Herrera, Felipe. "Dimensión cultural latinoamericana" en Visión de América, 1974-84, Santiago, Chile, 1985, 157-197.
- Herrera, Felipe. Comunidad Latinoamericana de Naciones, Santiago, Chile, 1983.
- Hurtado, María de la Luz. Documento de trabajo, CENECA, Bases para una discusión de políticas comunicacionales en Chile, Santiago, 1985.
- Industrias culturales: el futuro de la cultura en juego (varios autores), FCE-UNESCO, México, 1983.
- Kleberg, Carl-Johan. "Los objetivos culturales", Culturas, 33, UNESCO, París, 1983.
- La política cultural en Colombia, Jorge Eliecer Ruiz, Serie UNESCO.
- La política cultural en Costa Rica, Samuel Rovinski, Serie UNESCO.

- La política cultural en Bolivia, Mariano Bautista Gumucio, Serie UNESCO.
- La política cultural en Guyana, A. J. Seymour, Serie UNESCO.
- La política cultural en Venezuela, Felipe A. Massiani, Serie UNESCO.
- La política cultural en México, Eduardo Martínez, Serie UNESCO.
- La política cultural en Ecuador, Dario Moreira, Serie UNESCO.
- Landi, Oscar. "Cultura y política en la democratización de la Argentina; ¿la redefinición de lo popular?", Ponencia presentada a Conference on Popular Culture, Resistance and Everyday life in Contemporary Latin America, Nueva York, abril, 1985.
- Langlois, Juan Carlos. "La dimensión cultural en los proyectos de desarrollo", Culturas, Vol. VIII, 3, 1980, París.
- Marques de Melo, J. "Democracia e comunicacao na A. Latina", Intercom, 48, Sao Paulo, Brasil, 1984.
- Mahtor M' Bow, Amadou. Las raíces del futuro. La problemática mundial y las misiones de la UNESCO, UNESCO, París, 1984.

- Mattelart, Armand y Y. Stourdze. Tecnología, Cultura y Comunicación, Barcelona, España, 1984.
- Mattelart, Armand y Xavier Delcourt, Michel Mattelart. ¿La cultura contra la democracia?, Barcelona, España, 1984.
- Miceli, Sergio (comp.) Estado y cultura en Brasil. Años 70, Río de Janeiro, 1984.
- Munizaga, Gisselle, Comunicación y democracia, CENECA, Documento de trabajo, Santiago, Chile, 1984.
- Oumar Konare, Alpha. "Políticas culturales en el Africa Occidental", 33, Culturas, UNESCO, París, 1983, 112-128.
- Peirano, Luis. "El gobierno de Lima y la política cultural", Materiales para la comunicación popular, IPAL, Lima, Perú, 1984.
- Podesta, Bruno. "Una política para la cultura", Debate, 19, Lima Perú, 1983, 18-19.
- Planing for Cultural Development, Expert meeting in Hanasaari, Finland, 17-19 marzo, 1976, UNESCO, París, 1976.
- Política Cultural de Cuba, Lisandro Otero, Serie UNESCO.

- Política cultural de la República de Panamá, Instituto Nacional de Cultura, Serie UNESCO.
- Somavía, Juan. Presentación del Informe Mc Bride, ILET, Documento de trabajo, México, 1980.
- Some aspects of French Cultural Policy, French Ministry of Culture, Serie UNESCO.
- Some aspects of Cultural Policy in Togo, K. M. Aithnard, Serie UNESCO.
- Some aspects of cultural policy in India, Kapila Malik Vatsyayan, Serie UNESCO.
- The cultural policy of the Republic of Tanzania, L. A. Mbughuni, Serie UNESCO.
- Vidal Beneyto, José. "Hacia una fundamentación teórica de la política cultural", KEIO, 16, 1981, 123-134.
- White, Robert. "Christians building a new order of Communication", Centre for the Study of Communication and Culture, London, 1983.
- White, Robert. "Mass Communication and Development of Cultures: transition to a new paradigm", Mimeo-grafiado, Centre for the Study of Communication, London, 1983.

- White, Robert. "Contradictions in contemporary policies for Democratic Communication", IAMCR, París, 1982.

- White, Robert. "Políticas nacionales de comunicación y de cultura", trabajo presentado a Seminario Latinoamericano sobre Cultura Transnacional, Culturas Populares y Políticas Culturales, junio, Bogotá, Colombia, 1985.

CENECA es una Corporación Privada sin fines de lucro que fue creada en 1977. Su objetivo básico es contribuir - desde una perspectiva democrática - al conocimiento y desarrollo de la sociedad chilena en su dimensión cultural. Con este propósito realiza tareas de investigación, animación y capacitación (tanto en Santiago como en provincias) en distintas áreas de la cultura y de las comunicaciones.

CENECA
Santa Beatriz 106
Fono 43772
Santiago de Chile